CON DIOS A SOLAS

Por un
CARMELITA DESCALZO

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

Licencia de la Orden
Nihil Obstat
Fr. Petrus Thomas a Scra. Familia, O.C.D.
Fr. Celestinus a Jesu Sacramentato, O.C.D.

Imprimatur
Fr. Joseph-Antonius a Puero Jesus
Pvlis, O.C.D.
Madrid, 5-XI-1963

Licencias del Ordinario
Nihil Obstat
Lic. D. Pedro Alvarez
Madrid, 3-XI-1964

Imprimi Potest:
José.María Vic. Cap. S.V.
Madrid, 3-II-1964

ISBN: 84-7770-511-9
D.L.: Gr. 707-2000
Impreso en Azahara, SL
Impreso en España

PRESENTACION DEL AUTOR

El autor de tantos libros espirituales, que con notorio éxito se venden, escritos por un carmelita descalzo, es el *P. Valentín de San José*. Ahora que ya cambió la tierra por el cielo, podemos desvelar su nombre, que siempre ocultó en libros y artículos de revistas.

El 14 de junio de 1989 falleció tranquilamente con gran fama de santidad en el Desierto Carmelitano de San José de Batuecas a la edad de 93 años.

Nació el P. Valentín en el pueblecito de Castilfalé (León) el 5 de enero de 1896 de familia muy cristiana y carmelitana. Ingresó carmelita a los trece años, entre los que viviría con ininterrumpida ejemplaridad durante 80 años. Desde los 31 años se le encomendaron oficios de gobierno, que ejerció durante casi toda su larga vida, como Maestro de novicios, Prior, Consejero Provincial y por cuatro veces Provincial de la Orden en Castilla y Cuba. En función de este cargo de acuerdo con la celebérrima Beata M. Maravillas y sus monjas restauró el Desierto de San José de Batuecas en 1950.

En los treinta años que residió en Madrid desarrolló con eminente crédito de virtud y celo sacerdotal, una abnegada y estimadísima actividad apostólica en el Templo Nacional de Santa Teresa como predicador fogoso, confesor, director espiritual, consejero nacional de las Hermandades Ferroviarias en España y director de la Orden Tercera del

Carmen y Santa Teresa. Dió muchas tandas de ejercicios espirituales sobre todo a religiosos carmelitas, a las que encaminó numerosas vocaciones. En más de treinta años fue consejero habitual y confesor de la universalmente venerada Beata Maravillas de Jesús.

Durante los últimos veinte años estuvo retirado en la soledad del Desierto de Batuecas que él había restaurado, dedicado de lleno a la vida de oración y austeridad.

La práctica de la presencia de Dios la recomendaba encarecidamente y en consecuencia él la practicaba con atención amorosa todo el día realizase ocupaciones materiales o intelectuales. No conocía el ocio: oraba, leía, escribía o trabajaba en el campo intercalando ratos de adoración ante el sagrario, que era su devoción más ferviente. La oración mental fue una de sus más destacadas características tanto en su ejercicio como en su enseñanza; sus libros más reeditados son precisamente sobre la oración. En todos sus libros encomia reiteradamente el trato íntimo con Dios, con Jesucristo, la Virgen, los ángeles y los santos. Fue realmente un apóstol sobresaliente de la oración mental. Sus oraciones vocales, jaculatorias y devociones piadosas eran continuas todos los días.

La vida interior de amor y atención amorosa al Señor era su ilusionada preocupación y al mismo tiempo ofreciéndose en súplicas incesantes por la salvación y santificación de las almas, por la santa Iglesia, por la auténtica renovación del Carmelo en el genuino espíritu de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, cuya vida y doctrina conocía admirablemente, y por la tradicional España católica. En fin, un sujeto que supo unir con la debida escala de valores la más intensa vida contemplativa de su Orden con el celo apostólico sacerdotal.

Su vida y libros hacen del P. Valentín un eminentísimo maestro de la espiritualidad universal. Con la intensa vida interior y fidelidad inquebrantable a las reglas de Carmelo Teresiano supo armonizar la gran actividad sacerdotal con la dedicación a la pluma de la que son fruto sus libros que tanta aceptación tienen entre las personas de profunda vida sobrenatural; tienen gran semejanza a los Soliloquios de San Agustín y escritos de San Alfonso Mª de Ligorio; son abundantísimas las citas de hechos y dichos de los santos, cuya vida fueron su lectura diaria, lo cual decía que le estimulaba a imitarlos; y así consiguió que ahora a nuestro juicio se le considera ser uno de ellos.

Por esto muchos piden o desean que se abra el proceso de su beatificación. Para este libro el autor tenía muchas correcciones y adiciones, que en esta tercera edición se han incluído.

Fr. Matías del Niño Jesús
Batuecas, 14 de Junio del 2.000
11º Aniversario de su muerte.

†

J. M. J. T.

A los amadísimos religiosos y religiosas,
mis hermanos:

Es tan grande el respeto y tanta la veneración que me infunden la santidad y excelencia de los religiosos y mucho más de las religiosas, que nunca me atreviera yo a escribir nada para ellos, sino sólo a admirarlos y encomendarme a su santidad. Dios les ha llamado y escogido para vivir junto a El y en su misma casa. El mismo Señor se encarga, misericordioso, de hermosear sus almas con el mayor primor y belleza. Y como si aun esto le pareciera poco amor, hace de sus almas moradas limpias y ricas y viene a ellas para vivir con infinito y delicado amor, para llenarlas de sus misericordias y magnificencias.

Esta misma razón me coarta e impide hablarles y exhortales, haciéndolo sólo cuando la ineludible obligación me lo impone, y aun entonces con harto temor, pues conozco muy bien que ellos deben exhortarme y enfervorizarme a mí.

Estas MEDITACIONES-LECTURAS que ahora te presento, amadísimo y santo Hermano y Hermana mía, fueron pláticas que pronuncié, como los tres tomitos precedentes, a las santas religiosas Carmelitas en sus conventos y ellas me entregaron más tarde mejoradas, suplicándome las publicara, pues las ayudaban a acrecentar su sed de Dios y las ansias de vivir perfecta la vida espiritual de nuestros conventos; pues de este amor y de tan santa vida se trata en las presentes páginas.

Me entregaron estas páginas las mismas Carmelitas, que antes vivían en esta soledad sonora *y encantadora de Las Batuecas, las cuales, por un acto de* heroica generosidad, *poquísimas veces vista, se lo prestaron a los Padres para que establecieran la vida especial de Desierto, como aquí se había vivido siglos antes desde su fundación hasta la impía y destructora exclaustración de 1835, y construyeron ellas el pequeño y pobre conventico en el silencio y retiro de una dehesa, adosado a la Ermita del* Santo Cristo de Cabrera, *donde actualmente se esfuerzan en vivir una vida heroica y fielmente santa y silenciosa y están ofrecidas como víctimas de amor y de expiación, siendo Carmelitas perfectas y muy agradables al Señor.*

Estas amadísimas y santas religiosas, cuyo fervor es paralelo al desprendimiento mostrado en dar su propia y única casa y quedarse ellas sin casa y sin medios económicos para hacer otra, confiando en la Divina Providencia, que no las ha faltado, pensaban con un optimismo ideal que todos los religiosos y religiosas Carmelitas o no Carmelitas gozarían leyéndolas, pues tratan de nuestro espíritu, tan

hermoso y alegre como santo cuando se vive fielmente, y que es igualmente el espíritu de santidad de todos los religiosos y de todas las almas que se determinan a ser santas, estén en un convento o vivan en medio de la familia más numerosa, y sentirían nuevos y más ardientes deseos de esconderse perfectamente en la luz y hermosura de Dios, y acudirían sedientos a saciar su sed de vida en Dios y a vivir con todo primor, delicadeza y alegría la vida espiritual, *que es* la vida verdadera *y* sabe a Vida eterna, *porque es participar de Dios y vivir en Dios mismo.*

Estas MEDITACIONES - LECTURAS no tienen otra novedad que la de adaptarse al espíritu del alma escogida y llamada por Dios y a El consagrada, y seguir paralelas las materias de los DIAS DE INTIMIDAD CON DIOS, durante los ejercicios espirituales de los religiosos y religiosas y, como decía, de toda alma que ya aspira a tener vida santa.

Las he dado forma no de pláticas, como tenían, sino de lectura *que sirva tanto para lectura espiritual como para meditación.*

Están casi todas a modo de soliloquio del alma ante Dios o con Dios. He juzgado que de este modo, valiéndose al mismo tiempo de las Exhortaciones *o* Pláticas *de los otros tomos, como las materias son similares, se pueden hacer los Ejercicios completos en particular o en comunidad, aun cuando falte el sacerdote que los dirija. Aquí se encuentra la meditación, y en el otro la plática.*

No se trata en estas MEDITACIONES-LECTURAS casi nunca de los novísimos, porque, además de los muchísimos e insuperables libros que ya hay

escritos sobre ellos, se meditan todos los días en las Comunidades, y es también necesario mirar y admirar y desear y pedir la belleza y riqueza de la vida interior y espiritual, que es la belleza y riqueza de la gracia y del amor, para lo cual nos ha escogido y traído el Señor a su casa.

Me he detenido más que en otras materias espirituales en la lectura y meditación de la oración interior y de la vida interior y presencia de Dios, porque, aun cuando todas sean necesarias y todas formen la santidad, de determinarnos a vivir estas dos verdades depende principalmente, a mi entender, que los consagrados a Dios se entreguen de lleno al recogimiento interior y a la santidad sin titubeos ni apegos y con heroico desprendimiento.

La meditación de los novísimos *tiene este mismo fin de desprender el alma y determinarla a vivir en Dios y para Dios; despegarla de lo terreno, que engaña, y ponerla atenta al cielo.*

Cumplan estas MEDITACIONES-LECTURAS el fin que me he propuesto, o sólo resulten un poco de ceniza fría en lugar de brasa encendida, te las presento con el deseo de que Dios, por medio de ellas, te ayude y esfuerce a vivir santamente en tu retiro la vida espiritual, la vida verdaderamente santa y que más alegrías y dulzuras hace gustar aun en este mundo; la vida de trato íntimo con Dios, porque en verdad te hayas entregado a Dios.

El religioso ha venido al convento llamado y escogido por Dios, porque la vocación es el llamamiento de Dios. Has venido para estar con él y vivir la vida de Dios. Has venido para estar con El y vivir la vida eterna, que es el mismo Dios, en su gracia

divina y en el amor del cielo. Has venido a ser santo. Dios te ha llamado para hacerte santo; déjate en sus manos para que te haga santo. Repite con La Imitación de Cristo: «Entonces se alegrarán mis entrañas, cuando mi alma estuviere perfectamente unida a Dios. Entonces me dirá: "Si tú quieres estar Conmigo, yo quiero estar contigo." Y yo le responderé: "Dígnate, Señor, quedarte conmigo, pues yo quiero estar Contigo." Sí, éste es mi deseo: que mi corazón esté Contigo unido» (*Libro IV, Cap. XIII*). *Este es el fin de estas páginas.*

En la vida de los Santos hay misterios insondables e inefables alegrías. En lo que visto desde fuera y a distancia sólo se esperaba encontrar cruz pesada y amargura, cuando se entra dentro, viviéndolo, se encuentran dulzuras suavísimas y alegrías que no podían ni soñarse.

La vida de los Santos es un alto sentir de Dios, Sumo Bien y Hermosura, en luminosa y al mismo tiempo oscura visión de fe y en continuo e íntimo trato de amor en recogida oración. Dios se comunica y habla en la oración al alma, y en ese tiempo la da su misma vida.

En el recogimiento y silencio de la oración recibe el alma la palabra de Dios y a Dios mismo. Nada de la creación puede compararse a la amistad y trato amoroso de Dios con el alma y del alma con Dios infinito. El es el Padre y el Maestro y el Sol glorificador del alma, si el alma es humilde y acude ante Dios. En la oración el alma recibe hermosura, sabiduría y riqueza de Dios. Dios la transforma enseñándola, y la viste de luz, belleza y gozo.

La fe enseña a vivir vida de cielo en la tierra.

El alma, en el retiro y trato amoroso de la oración con Dios, es transformada en sol de amor y de todo bien.

Viva el Señor agradado en tu alma, mi amadísimo Hermano y Hermana, y en la mía, y nos la llene de Sí mismo con su gracia y con su amor.

Que nuestras almas puedan decir y gocen en decirlo: «Dios mío y todo mi bien. Soy tuya y sólo para Ti.» *Habremos sentido entonces complacencia y alegría de cielo en la tierra.*

Dios, a ti y a mí, nos habrá hecho santos, lo que vinimos a ser al consagrarnos a Dios en los claustros del Carmelo. Para lo que El nos ha criado; lo que yo deseo para ti y humildemente te suplico pidas tú al Señor para mí.

Desierto de Las Batuecas, víspera del Espíritu Santo de 1952.

VISPERA DE LOS EJERCICIOS

PRIMERA LECTURA - MEDITACION

Tened sed de Dios

Si quis sitit veniat ad me et bibat.
Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.

(SAN JUAN, VII, 37)

1. Durante ocho días voy a retirarme solo con Dios. Vamos a estar mi Dios y yo solos y a solas. Más que ejercicios van a ser ocho días de retiro en amor con Dios en la intimidad. Van a ser ocho días consagrados no a llevar una vida esencialmente distinta de la que llevo todos los días, sino a vivir esta mi vida espiritual con mayor intensidad de amor.

Es mi firme deseo y propósito que sean estos días de más atento y abnegado recogimiento exterior e interior, de más íntima oración, de más confiado amor.

Lo que más me conviene buscar habitual y continuamente es *la mirada amorosa de Dios sobre mí y dentro de mí*; fijarme con amor en que mi vida se desenvuelve en Dios, he sido criado para Dios, Dios está en mí, yo estoy en Dios y de Dios recibo mi vida y el deseo de su amor.

En estos ocho días no quiero ni pretendo otra cosa distinta; es mi deber, y lo procuraré con todas mis fuerzas, aislarme más de las criaturas y aun de mi trabajo ordinario y disponerme más delicadamente para que Dios pueda fijar complacido sobre mí su mirada de Padre y de Dios amoroso y yo preste atención a ella, para que la eficacia de la gracia y de la santidad sea mayor en mí. Su mirada me iluminará y fortalecerá, porque la mirada de Dios siempre pone inundación de luz y de hermosura de cielo en el alma.

2. Dios siempre me mira, como me ama sin interrupción, como está viviendo continuamente dentro de mi alma, aun cuando yo esté distraido. ¡Oh Dios mío, que nunca me aleje yo de Ti! Pero sólo desarrollará Dios en mí toda la eficacia amorosísima de su mirada y de su presencia si yo le busco a El y se la pido con deseo y ansia de amor, si pongo mi vida y mi corazón en encontrar y grabar en mi alma esos amorosos ojos de mi Dios. Quiero no apartar la mirada de mi alma de sus ojos de infinita hermosura.

Dios mío, yo no sé ni puedo grabarte en mí, en lo íntimo mío, como deseo; grabad Vos vuestra bendita y atrayente mirada en mi alma e iluminadme. *Tu mirada siempre me ilumine* y haga florecer en mí la flor de la santidad, el fruto codiciado de la vida eterna, que es participación de vuestra misma vida y esperanza de la posesión de la dicha perfecta.

3. Leo en el santo Evangelio que Jesucristo, en el día más solemne de la fiesta de los Judíos, estando de pie ante todos, dijo con fuerte voz: *Si alguno*

tiene sed, venga a Mí y beba. Y continuó diciendo Jesús: *Del que beba de Mí, del seno de aquel que cree en Mí, manarán ríos de agua viva.*

Para que pueda llegar a cumplirse en mí esta divina promesa, de antemano ha puesto El, amoroso, en mi alma *sed de Dios,* sed o ansia de consagrarme a Dios y de vivir para Dios. Es mi mismo Padre celestial quien me dio, como inestimable regalo de su misericordia, esta misteriosa sed de lo sobrenatural, de la vida eterna. El mismo Jesucristo, mi Redentor, puso la sed de Dios en mi corazón. No conocía yo este tesoro, pero Jesucristo, sin yo conocerlo ni merecerlo, me dio esta sed viva de Dios, y con ella tuve fortaleza y determinación para dejar todo lo del mundo y venir a El. Ni hubiera podido tener la fortaleza y determinación para dejarlo todo y renunciarme a mí mismo si El no hubiera puesto esta inflamación y sed en mí.

Pero pusiste amoroso en mí, Dios mío, esta ansia y sed de Ti, y te he buscado y salí del mundo y vine a tu casa a vivir Contigo y en tu amor, y a que tu vida fuera mi misma vida, y esto te pido con toda mi alma. Al principio, porque no me había vaciado de mí mismo, parecíame este camino pedregoso y muy difícil, mas cuando me renuncio y niego a mí mismo, veo por experiencia que el camino de tu gracia y de tu amor es camino de belleza y de alegría, que el camino de tu misericordia está lleno de delicias y goces insospechados y es el camino seguro y gozoso que termina en los resplandores de la vida eterna.

¿Cómo podré agradecerte, Dios mío, esta sed que me diste? Sentí esta sed y este ansia insaciable allá

en el alborear de mi vocación y ellas me hicieron dejar todo lo del mundo para venir a Ti, y continué sintiéndolas más intensas durante mi vida religiosa, porque no podía perfectamente poseerte a Ti mientras no me negara perfectamente a mí, y por ellas continúo preparándome y negándome para hacerte mío y que Tú me hagas totalmente tuyo. Bendita sea esta sed que aparta de mí todo apetito y codicia de lo terreno y me aviva los deseos y recuerdos de Ti, Amor mío y Señor y Creador del cielo.

4. Para saciar esta sed entré en la religión y profesé en mi Orden, pues en este valle de destierro es para mí la religión la fuente escondida y cerrada donde Dios me da a beber la prometida agua suya, que es agua viva de amor de cielo y comunica vida eterna.

Muy al contrario de lo que el mundo piensa, no viene a la religión a morir, sino a recibir vida verdadera y llenarme de vida; a que Dios ponga en mi alma su vida prometida. Muy gozoso repito mil veces las palabras del Salmo: *No moriré, sino que viviré y cantaré las grandezas del Señor.*

Lo he querido dejar todo y he abrazado mi Orden para vivir la vida verdadera, la vida de gracia y de virtud, que es vida de Dios; es vida que siempre alegra y nunca sufre ocaso. El mismo Dios que me la ha prometido quiere dármela; quiere saciarme en su casa con esta vida de amor divino y hacerme entrar en una luz sin sombras, en una vida sin desfallecimientos.

Jesús me ha dicho: *Yo soy la vida* y quiero dártela a ti; y me trae a su casa a que viva en El mis-

mo y partícipe de esa vida divina, cada vez más intensa, haciéndome con ella, en cierto modo, divino. No es soberbia, Dios mío, ni presunción o desordenado atrevimiento de este pobre corazón mío pensar de este modo y desear y esperar vivir vuestra misma vida aun en este destierro. Sería inexplicable soberbia si a mí se me hubiera ocurrido; pero me lo enseñaste Tú como Padre mío y me lo mandaste. Quiero, humilde y obediente, seguirte; quiero, rendido y fiel, ofrecerme a tu voluntad y con ella conseguir tanta dicha.

5. Como en Adán fue desordenada soberbia y tentación aquel *seréis como dioses* que le dijo la serpiente, porque engendró en él ansia de independencia y altanería y desobedeció a Dios, quiere mi Padre Celestial que este anhelo de vivir vida divina, que El me manda tener, engendre en mí ansia y sed no de independizarme, sino de entregarme en sus manos, de ofrecerme humilde y en absoluto a su voluntad; ansia y sed de hacer desaparecer el yo, con todo mi amor propio y mi miseria, para unirme rendidamente a Dios y hacerme uno con su voluntad, y de este modo triunfa la gracia y toma Dios posesión de mí, comunicándome su Vida. Debo negarme a mí mismo para poder llegar a recibir de la mano de Dios su prometida vida, que es gracia y santidad, que es amor de Dios y gozo en Dios.

He venido al convento, llamado por Dios, a vivir a Dios y en Dios. ¡Qué verdad más deslumbrante, más bella y encantadora!

Ciertamente que este vivir a Dios no es fácil ni aun posible a nuestra pequeñez. Grandes obstáculos

nos lo dificultan, y el principal obstáculo somos nosotros mismos; nos lo ponemos nosotros mismos; Para que ese hermoso ideal y deseo de vivir a Dios se realice en mí y pueda recibir yo la vida de Dios con plenitud, he de hacer antes desaparecer todos los obstáculos, destruir y arrancar todo lo que es miseria moral mía, flaqueza y maldad mía, acabar con mi amor propio, conocer mi impotencia y ver que es Dios sólo, exigiendo mi cooperación, quien me da su vida y santidad. Unicamente negándome de este modo, y poniéndome vigilante en esperanza en Dios, me prepararé para recibir la hermosura que Dios quiere comunicarme. ¡Oh Dios mío, que me queréis dar vuestra misma vida! Haced que yo me prepare y os la pida y muestre mi deseo de recibirla. Haced que quiera de veras, que quiera eficazmente, que quiera con humildad y determinado querer.

Mas, por mucho que yo lo quiera, ¿será posible que pueda participar de la Vida de Dios? Esa Vida es superior a mis fuerzas; pero *Dios es mi Padre*, y Dios, mi Padre, me dice por Jesucristo: quiero que seas uno Conmigo, quiero comunicarte mi vida; no pongas obstáculos; déjate deshacer para que te pueda vivificar.

6. Quiero meditar detenidamente estos días cuáles son los obstáculos que me impiden vivir esta vida espiritual y cuáles los que yo mismo me pongo. Quiero mirarlos para arrancarlos de mí y determinadamente empezar a vivir la vida que Dios me ofrece. Para que la viviera me llamó y sacó del mundo y me inspira ahora salga de mí mismo y viva su vida recogido no sólo en el convento, sino más bien

en El mismo, haciendo de mi vida un cielo, viviendo su amor.

En el cielo y en la vida del cielo todo es luz y hermosura; todo transparencia y claridad, todo lo llena Dios y todo se ve en Dios. ¿Por qué no vivo ya esta vida espiritual? Es la causa por haber desperdiciado tantos medios como continuamente me ha dado para vivir en unión de amor con El; medios ordinarios y extraordinarios, muchos de los cuales yo bien recuerdo.

El mayor obstáculo para vivir la vida santa interior no es el mundo ni es el demonio. El mayor obstáculo está en que tengo más cabeza que corazón y más pasiones y disipación que prudencia y cordura. *Más cabeza*, dirigida por mi egoísmo y mi comodidad y regalo, *que corazón* esforzado y mortificado, lleno del amor y de la humildad de Jesús. Quiero saciar mi curiosidad y disipación y estar recogido y atento al amor de Dios. Quiero el imposible de una virtud, de una santidad y de una vida de Dios a lo humano y aun mundano cuanto cabe en el convento. Y la vida de Dios es a lo divino con la atención a lo interior en Dios. Tengo, pues, que arrojar de mí el mundillo que halago y fantaseo en mi propio corazón, por ser incompatible con la amorosa mirada a Dios. No puedo juntar bajeza de tierra y hermosura de cielo, y vida de cielo y amor de cielo deben animar mi corazón. Más aún: debo confesarlo con la frente en el suelo, lleno de confusión y de alegría: *Dios quiere ser mi corazón.*

Si mi fin es amar a Dios, ¿no ha de inundarme de alegría y de gozo este pensamiento?

7. Leo en el Evangelio de San Juan que el mismo Señor me manda tener *vida eterna* y me dice en qué consiste. *La vida eterna consiste en conocerte a Ti solo, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú enviaste.*

La vida eterna consiste *en el conocimiento de Dios* y en los efectos que produce; pero mientras vivimos en la tierra no puede ser nada más que principio de vida eterna. Y no he de entender por conocimiento de Dios una noción de su esencia y atributos meramente naturales, que sólo ilustra el entendimiento, como los estudiamos en los libros de filosofía y aun de teología. Muy hermosa y alentadora es esa noción, pero no es la vida eterna *empezada. La vida eterna* en la tierra es conocer a Dios con visión de fe viva y posesión de caridad; es la experiencia de Dios vivido en luz de amor; es conocerle dentro, en lo íntimo de mí, cuanto se puede conocer, por una viva presencia suya en mí, por una luz de afecto que excede a toda otra luz de conocimiento natural, por la actuación de la fe viva, llena de amor, que me da seguridad de que Dios está en mí amándome y me llena; está en mí por esencia, presencia y potencia y me llena con amor de Padre y me da su vida; está en mí por vida de amor y me da su amor, que es amor más que de cielo; yo estoy en Dios amándole. La vida de Dios es amor experimentado y es realidad de conocimiento, que ilumina. El amor es vida, la más hermosa, y se vive.

Conocer a Dios por visión directa de su esencia, llena de amor y es *la vida eterna y la felicidad eterna del cielo,* siempre nueva y siempre felicidad y dicha. Nada hay comparable a tener el entendimien-

to y la voluntad atentos a Dios con toda la alta y noble actividad que pueden desarrollar estas potencias; mirando a Dios, que es el origen de toda verdad y de toda luz y belleza, la fuente de toda alegría, el manantial insondable e inagotable de todo amor, se embeben estas potencias en luz de amor y delicia; Dios es el amor de mi alma si yo le miro.

Dios es mi Padre y me ama como yo no puedo alcanzar a comprender, y me llama amoroso para que yo, pobrecillo, entre a participar de esa su verdad y belleza infinita, de esa su alegría, de ese su eterno e insondable amor.

Dios mío y Padre mío, para tan tierna delicadeza me has llamado a vivir Contigo en el recogimiento del convento. Esta es la propia vida mía de religioso: *vivir atento en un conocimiento vivo y en un amor vivo de Dios*. No me consagré a Dios para vivir un conocimiento filosófico frío aprendido en los libros, como muchos que se llaman filósofos y no conocen a Dios, ni le aman, porque no cumplen sus mandamientos de amor y no pueden comprenderle; les falta el amor.

Comprender a Dios es amarle, es entregarse y ofrecerse a su voluntad; es vivir en El para El en el cántico del amor. Entonces está Dios infinito y vivo viviendo en el alma y dándola su vida.

Dios viene al alma y vive en ella por la fe y el amor con virtudes.

Conocer a Dios y conocer a Jesucristo es lo más alto y más grande, lo más hermoso y regalado. ¿Cómo te conoceré yo, Dios mío, y a Ti, Redentor mío Jesús? Sólo el mismo Dios me puede dar este conocimiento; pero en cuanto esté de mi parte lo

lograré pidiéndoselo al Señor y viviendo en su amor, que es su luz. Así vivían, llenos de gozo, los santos en su recogimiento silencioso. Allí recibían el conocimiento altísimo de Dios. El santo ama la soledad y ama el retiro y silencio, porque ama la luz, porque recibe soberanas noticias de la infinita magnificencia de Dios; como vive viviendo el amor de Dios, todas las cosas le hablan de Dios y el mismo Dios habla continuamente a su corazón palabras de cielo.

Quiero en estos días de recogimiento especial mirar estas nobilísimas verdades y pedir humilde al Señor me enseñe El mismo tanta hermosura. El amoroso conocimiento y abrazo de esta hermosura hace, aun en la tierra, la felicidad del alma santa que goza de vivir en la compañía de Dios. El trato no necesario con las criaturas impide esta amorosa y gozosa comunicación del alma con Dios y la aparta de la vida y de la luz divinas.

En estos días quiero cerrar los ojos y los oídos de mi cuerpo, para estar atento y abrazado solamente con Dios.

Recógete, alma mía, dentro de ti misma y sumérgete en la luz, en la verdad, en la belleza infinita y en el amor sin límites de Dios. Escóndete en tu Dios, con visión de fe, y vive la vida eterna de gracia y de amor.

8. Moisés, el escogido de Dios, subió a lo alto del monte Sinaí, al silencio no perturbado por nadie, a la claridad y luz pura no contaminada; subió, dejando abajo el ruido y las inquietudes de las gentes con todos sus afanes, preocupaciones y pequeñe-

ces; subió para aislarse de las necesarias perturbaciones de sus quehaceres y obligaciones y quedarse a solas con Dios. No subía a morir; subía a recibir la ilustración y enseñanza del mismo Dios; a tratar en silencio y aislamiento con Dios y escuchar directamente las palabras de verdad, que le ponía en lo íntimo del alma; le mandó el Señor subir para levantarle y transformarle, enseñándole a vivir en celestial pureza de vida y que de ese modo pudiera recibir la vida eterna y sobrenatural, empezada, pero con un soberano conocimiento de Dios. Por esto bajó del monte con resplandores de Dios en su frente y con lengua tarda en la dicción; que no se pueden expresar con palabras las comunicaciones divinas, ya que son inefables y exceden el lenguaje humano. Pero bajó también con el corazón lleno de Dios y santamente esforzado para continuar sin desaliento las obras de Dios.

El trato en soledad con Dios solo, le unió más a Dios y le envolvió en luz y en gloria. Porque *llevaré al alma a la soledad y allí la hablaré.* «Porque el Amado no se comunica sino sólo afuera, en la soledad.»

En un momento difícil de la persecución, que padece de los grandes de la tierra mi Padre San Elías, siente pesada e intolerable la vida; siente tedio abrumador y el peso de su miseria natural, por lo cual dice a Dios: *Bástame ya, Señor, de vivir; llévate mi alma, pues no soy yo de mejor condición que mis padres.* Era ésta la expresión del desaliento que sentía. Dios le manda subir a la soledad y al silencio del monte Horeb. Allí entra en el silencio y en la luz de Dios. Elías no habla, sino escucha,

mira, atiende a Dios en el silencio y en el olvido de las criaturas y siente la presencia y la mirada de Dios. En esa mirada de amor se le comunica y da sabiduría de divino conocimiento; toda la sabiduría y toda la ciencia de las criaturas es oscuridad e ignorancia comparadas con este conocimiento. Junto con este conocimiento recibió en su alma la fortaleza del espíritu y la vida de Dios, que es vida eterna de luz, de verdad y de todo bien.

Como a Moisés y como a Elías me has llamado y traído, Señor, a mí a la Religión, y ahora a esta soledad y recogimiento, no a morir ni a tristezas, no a ruidos ni esparcimientos de las criaturas, no a descansar, sino a tu casa de silencio y santidad, a vivir en Ti mismo para comunicarme y darme vida tuya y alegrías y luces de espíritu; he venido a vivir en tu misma vida.

Que te conozca a Ti y te ame, Dios mío. Quieres darme una vida sobrenatural llenísima. Que prepare yo mi alma con virtudes y con el continuo trato Contigo en la oración y silencio para que pueda crecer y desarrollarse continuamente más esta vida tuya en mí. Me das tu misma vida. ¿Cómo corresponderé a tanto bien?

9. Para esto quiero recogerme más profundamente con Dios y dentro de mí durante estos días; quiero examinar las manifestaciones de muerte o de insensibilidad que hay en mi alma y aminoran o impiden del todo recibir la luz y la vida de Dios en mí; quiero quitar esas sombras de muerte y que en mi alma todo sea luz y vida de Dios. Señor y Dios mío, ayudadme a quitarlas y que limpia ya y hermosea-

da mi alma puedan vuestros ojos amorosos complacerse en mí. Grabad en lo íntimo mío esos vuestros ojos con toda su hermosura y con su continuo mirar me embellezcan más y acrecienten la sed que de Vos siento y los deseos de vivir la santidad y de veros cara a cara y poseeros; poned en mí deseos insaciables y sed misteriosa, que me estimulen a buscaros con todas mis fuerzas; que me enseñen a conocer vuestro amor y mi nada.

Misericordia y generosidad vuestra son estos deseos, que nunca sabré pagaros.

Todos los tiempos son propicios para ejercitar la virtud; pero nuestra flaca condición y nuestra pequeñez se impresionan más intensamente con la novedad de estos días de recogimiento y silencio con Dios, y quiero aprovechar esta circunstancia para reflexionar sobre estas trascendentales verdades y la gracia del Señor hará en mí su obra maravillosa.

Quiero estar ocho días recogido, callado, atento en súplica y expectación, como estuvieron recogidos en oración en el Cenáculo los Apóstoles desde la Ascensión de Jesús hasta la Venida del Espíritu Santo. No había esos días en el Cenáculo ni muchos ruidos ni muchas comunicaciones; no había visitas de cumplidos sociales ni inquietud de variadas ocupaciones. Allí estaba suplicante la Virgen Santísima en medio de los Apóstoles y discípulos. No había allí cuidado de regalo de cuerpo ni comodidad alguna; no había abundancia de bienes ni de lujo, sino pobreza y ansias de amor.

Allí, en torno de la Virgen y en el espíritu de la Virgen, que se comunicaba al de todos los reunidos, sólo había un gran deseo, una aspiración y le-

vantamiento grande y hmilde hacia Dios. Todos deseaban a Dios, todos clamaban a Dios, todos esperaban a Dios hecho amor, y descendió sobre ellos el Espíritu Santo, que es Amor Personal de Dios infinito, con plenitud de Dones y Frutos divinos.

También quiere descender sobre mí y enriquecer mi alma con los mismos Dones y Frutos si vivo recogido y en amor como ellos vivían. Alma mía, ¿cómo no te deshaces en agradecimiento y en gozo pensando: el Espíritu Santo quiere descender sobre mí; Dios infinito quiere morar en mí, si tú te preparas? ¡Qué felicidad! Espera a tu Dios.

Con tanta confusión como verdad puedo decir: *Soy hijo de Dios y heredero de Dios.* Dios me hace participante de su misma vida, me comunica su misma vida. ¿No sobrepasa a todo cuanto puedo desear o soñar esta maravilla dichosa de recibir al mismo Dios, que quiere establecer su morada en mi alma? ¿Debo permitir que alguna otra disipación o complacencia de criatura alguna me entibie e impida recibir tan extraordinaria merced?

Depende esta gracia de mi preparación y yo solo no puedo prepararme. Es mi Dios quien tiene que prepararme; pero El quiere y sólo espera mi cooperación y determinación. Prepárame Tú, Dios mío y Padre mío. Enséñame y ayúdame a quitar de mí los obstáculos y lléname de tu vida, de tu amor y de Ti mismo.

Con cuanta alegría y confianza debo decir: Dios es mi Padre y haciéndome ahora participante de su Vida por la gracia y el amor, me hará entrar después en su gozo y en sus misericordias. Y ese gozo es el mismo que el de los ángeles del cielo. Alégra-

te y esfuérzate, alma mía. Dios, que, como aprendí en el Catecismo de la Doctrina Cristiana siendo niño, *es lo más excelente y admirable que se puede decir ni pensar*, es de igual modo lo más excelso en hermosura, es el sumo poder y el sumo bien, la eterna sabiduría y fortaleza, la inmensidad, que lo llena todo y todo lo puede y quiere hacerme participante de su misma vida feliz, y quiere que yo le viva a El mismo en mi vida de recogido religioso.

Porque el religioso fervoroso y perfecto vive la vida de Dios y está en Dios y hace de su celda un cielo. Dios llena el alma y la celda del religioso de vida interior como llena el cielo; la llena de luz, de esperanza, de verdad.

Pues acabe yo con esta sombra de muerte como es mi vida tibia, y me penetre y me empape ya la vida de Dios hasta lo más hondo e íntimo de mí.

10. Dios y Señor mío, que hablas a mi alma con la celebración de tus misterios y más con la palabra de tu llamada interior. Ayer recordaba tu Ascensión gloriosa a los cielos y me recojo ahora para esperar el Espíritu Santo, el Amor Personal e infinito, que enriquecerá mi alma de nueva gracia y la abrasará en amor divino. Que me levante de corazón y en humildad y salga ya de esta tierra de mis faltas y tibieza, y como los apóstoles quedaron mirando al cielo después de la Ascensión de Jesús, viva mi alma mirando a lo alto y espiritual y atendiendo y clamando a Ti; como los apóstoles, deseo volar en seguimiento tuyo y espero ver realizado mi deseo, no por sola mi flaqueza y pequeñez, que como tierra pesada tira hacia abajo, sino que se realizará por

esa infinita bondad y vida tuya, la cual quieres comunicar a mi espíritu y con ella transformarle. Tu vida, toda luz, amor y omnipotencia, me levantará. Estas son las aguas vivas que decías saltarían hasta la vida eterna.

Humilde, pero insistentemente, te pido, oh Señor, me des de estas aguas. Que como la soberbia causa tan funestos efectos que bastó para sacar al demonio del camino del cielo y convertirle de ángel de luz en demonio desgraciado y le sumió en eternas desdichas, y como sacó a Adán de la paz y delicia del paraíso y le envolvió en la continua lucha y miseria de este valle de lágrimas, así la humildad levantó y coronó a San Miguel por príncipe de los Angeles gloriosos y a la Virgen Santísima, mi Madre, la hizo Madre de Dios. La humildad preparará igualmente mi alma para recibir vuestra iluminación y vuestra vida.

Oh mi Dios, hazme humilde; dame un corazón limpio y humilde, Tú que eres Padre de los humildes, para que aproveche tus gracias y me vivifique tu Vida.

Soy hechura tuya e hijo huyo. A tu dulcísimo nombre de *Padre*, me corresponde este otro no menos dulce de *hijo tuyo*. Ni es presunción mía que me atreva a llamarme *hijo tuyo* conociendo mi ruindad, pues Tú me lo enseñas y me lo mandas y quieres te llame con tan entrañable nombre y viva como tal y por ello me atrevo a decirte con confianza: *Padre mío, que estás en los cielos*; dame esa vida tuya prometida y que mi alma desea aun cuando todavía no con tanta intensidad como debiera, ni tanta como Tú deseas darme. Que yo viva de Ti; en Ti sea mi

vida de oración, mi vida de vencimiento y humillación, mi vida interior, para que viva la vida perfecta de santidad que quieres darme aquí en la tierra, y después, *al romperse la tela del dulce encuentro*, entre a vivir ya con toda perfección tu Vida gloriosa y en Luz eterna y feliz.

SEGUNDA LECTURA - MEDITACION

(Primera del primer día)

Soy religioso para darme todo a Dios en amor

Si quis sitit veniat ad me et bibat.
Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba.

(SAN JUAN, VII, 37)

11. Jesucristo me ha llamado e invitado para amarle y me dice: *Si alguna tiene sed, venga a Mí y beba.* Como miró al joven que se le acercó y preguntó qué debía hacer, me mira y me dice a mí animándome a entrar por su camino y poniéndome deseos de vivir vida de perfección y de amor divino: «Si quieres poseer y vivir la vida más perfecta, si deseas la hermosura del corazón en la floración del amor, si quieres encontrar en la tierra el lleno divino de tu alma y saciar la sed que sientes de amar sin límites lo noble y perfecto»... y me pone y me muestra esta vida santa de religioso.

Para que me sea más fácil conseguir todo esto me ha llamado al Carmelo, donde se vive la vida de amor, inspirada y enseñada por el mismo Dios. Esta vida de amor no es una ficción o ilusión, sino reali-

dad hermosísima, que se refleja en las obras santas, como lo veo en los fervorosos religiosos que conviven conmigo.

La vida de amor del Carmelo es la codiciada realidad de la vida sobrenatural; es la encantadora vida de gracia santificante, por la cual Dios vive amoroso dentro del alma.

El Señor llama al religioso y me llama a mí para vivir junto a El, o mejor aún en El mismo, en lo íntimo de su amor; quiere comunicarme su misma vida y amor; me llama a tan alta grandeza y me pide cooperación y fidelidad a sus llamadas e inspiraciones; me suplica le ame con todo mi corazón y que no lleve arrastrando y como a la fuerza vida de tanta confianza y tan excelsa, sino que me ofrezca abnegada y generosamente, porque en ella encontraré el supremo y no soñado gozo. Veis, Señor, mi pequeñez; ayudadme para que no me haga indigno de vuestra misericordia ni menosprecie vuestros altísimos dones; ayudadme a disponer mi alma para que puedan iluminarme vuestra luz y vuestro amor y me llenen el reflejo y transparencia de vuestra Vida eterna.

12. Me habéis llamado. Vivía allá fuera en el siglo con ciertos deseos de amaros y agradaros cuando no olvidado del todo; pero mi vida era de pequeñez y languidez espiritual, de complacencias y amistades y distracciones humanas, no, por vuestra misericordia, de graves pecados, pero sí de superficialidades materiales llenas de imperfecciones y faltas; sentía ansias por una vida de ilusiones y comodidades terrenas y vanas.

Un día me hablasteis amoroso al corazón, diciéndome: *No estás en la verdadera vida; quiero llevarte y trasplantarte adonde vivas mi misma vida y sientas inmensa ilusión de Mí.* Y me sacasteis de aquella vida, que abundaba en sombras de muerte, y me trajisteis al convento para que viviera junto a Vos y en Vos; y los deseos de comodidad e ilusiones terrenas se convirtieran en dichosas ansias de vivir entregado a Vos con la mayor fidelidad la vida de luz y de santidad. Me pedisteis, y me pedís ahora, el ofrecimiento sencillo y total a Vos para que pudierais transformarme en vuestro mismo amor y hacerme una cosa con Vos.

Observo que cuando la llama prende, llega a convertir en ascua abrasadora y en viva llama hasta lo que era madero verde o carbón duro, frío y negro. Conozco que soy negrura y dureza y refractaria frialdad y me habéis llamado a ser religioso para, con vuestra gracia y vuestro amor, quemar todo eso malo mío y hacerme llama de amor vuestro; queréis cambiar lo feo en hermoso y lo negro y frío en hermosísima luz.

Este es el pensamiento básico que leo en la doctrina de mi Santo Padre Juan de la Cruz. Esta la razón de sus hermosísimas y conocidas *nadas.* ¡Qué bellas nadas y resplandecientes noches, pues transforman al alma en luz de cielo y en verdadera vida sin sombras de muerte! Todo aquí se convierte en alborear divino.

13. Dice San Pablo que *el reino de los cielos es paz, justicia y gozo en el Espíritu Santo,* y Jesús me enseña en el Santo Evangelio esta verdad tan llena

de luz y de consuelo: *El reino de los cielos está dentro de vosotros mismos.* Está dentro de mí y es reino de luz, de hermosura y de armonías. No caben en este reino ni negruras ni fealdades de traiciones ni desacordadas equivocaciones de la voluntad. En este reino de gracia y de amor sólo pueden oírse melodías de ángeles, que cantan la gloria de Dios. Este reino lo constituye la presencia de Dios.

Dios está en mí y me llena. Dios envuelve mi alma en su gracia y la transforma en su amor. Dios hace de mi alma reino de los cielos y El mismo es mi Rey y pone amplitudes y bellezas infinitas en mí, y me esfuerza con aspiraciones ilimitadas de su misma Vida eterna e infinita. Porque Dios es mi vida.

Alma mía, Dios te ha llamado para que vivas ya aquí el reino de los cielos. Dios te ha hablado al corazón diciéndote: «Te saco del siglo y te llevo al convento, para poner en ti el reino de los cielos.» Todo en mí debe ser limpieza de luz y de santidad. Me ha traído el Señor para *vivir vida eterna,* que es tener el pensamiento y la voluntad y toda la atención y afecto puestos en Dios y en Jesucristo. Paréceme oír como eco dulcísimo a mi Santo Padre, quien me dice lleno de amor: «Anímate y levanta alegre el corazón y entra en la luz; mira gozoso y confiado a tu Padre Celestial, que quiere envolverte e iluminarte con la innata luz y belleza de su mirada. Y para que así pueda hacerlo no quieras *nada, nada, nada* de lo tuyo propio, porque es ruindad y miseria, porque es pequeñez y discordia. Y lo ruin y miserable no puede estar en el reino de los cielos. No quieras nada de lo que es tierra y oscuridad y

mezquindad. Levántate y vacíate de todo lo feo y muerto para que entre en ti la llama viva del amor de Dios y te transforme. Dios pondrá en ti el reino de los cielos y te hará gustar sabor de vida eterna.»

¿Cómo he de poder pagarte, Dios mío, la misericordia tan inmensa que conmigo has tenido? Vos sois tan infinito y omnipotente que embellecéis los cielos que creasteis con tanta hermosura como el entendimiento creado no puede ni soñar; pero de los cielos creados con toda su inmensa belleza a Vos mismo, su Criador, hay distancia y diferencia infinita. Y sois tan amoroso Padre, que en este ruin e insignificante rinconcito de mi alma *ponéis el Reino de los cielos*, y queréis Vos mismo ser el sol que la llena de suavidad y felicidad y ponéis en ella vida sobrenatural y eterna, poniéndoos Vos mismo.

Dadme vida santa de amor y virtudes y el reino de los cielos estará dentro de mí, pues sois Vos mismo y *vuestro reino no es comida ni bebida, sino paz, justicia y gozo del Espíritu Santo.*

14. La vida del Carmelo, monte simbólico de la perfección, es vivir lo más levantado y puro de la vida o lo más perfecto de la vida. ¿Y qué es lo que más estimamos todos en la vida? Todos sienten y cantan el amor. Aun en lo humano, cuando se trata de un amor noble y recto según Dios, es el amor lo más hermoso y codiciado. Pues la vida del Carmelo es el amor, pero no ya un amor de tierra o de cuerpo, ni siquiera de ciencia o de estima, sino el amor de Dios con ansias de cielo, y pone ideal de cielo y conduce a vida de cielo.

He abrazado el estado religioso para vivir esta

nobilísima vida y santo amor; para amar a Dios con todo mi corazón y vivir continuamente perfeccionándome en este ejercicio de amor; para prepararme a recibir el amor de Dios.

Mi regla me manda que *ande de día y de noche meditando en la ley del Señor.* Lo más esencial en la vida religiosa que he profesado es, según el mandato de mi regla, andar en continua y amorosa presencia de Dios; recordar que estoy en la paternal y tierna mirada de Dios; estar con mi atención a Dios amándole y conociéndole. Dios es el sol que ilumina mis actos todos. Mi amorosa atención a El me enseñará que todos mis afectos e intenciones sean santos y de amor de Dios, como en el cielo. Diré con David: *Señor, tu luz iluminará mis caminos.*

Bien me advierte mi Santa Madre que con que cumpla bien esto me basta, pues no dejaré entonces de cumplir con perfección lo demás; seré alma de oración, y aprendí en San Ignacio que alma de oración de verdad es alma santa; porque si vivo bien la oración, seré de Dios y El pondrá en mí su vida.

La oración no es una fría reflexión o meditación; la oración es ejercitar el amor; es mirar a Dios con amor y ofreciéndose en amor; es recibir la mirada de los ojos de Dios con todos sus efectos sobrenaturales, mirada divina que siempre esclarece y hermosea el alma y, a veces, pone dulzura inexplicable y siempre comunica la fuerza y energía para obrar la virtud. Dios, con su mirada, pone suma complacencia en el alma. Dios mío, mírame con tu mirada de amor.

15. La oración no es algo muerto. La oración es no sólo vida, sino lo más perfecto y hermoso de la vida, lo más envidiable y codiciado de la vida. Expresaré en una frase sencilla que *la oración es ejercicio de amor de Dios.* No es discurrir bellamente o filosofar sutilmente.

Amar es vivir mirando, pensando o trabajando lo que se ama, en lo que se ama y para lo que se ama; es olvidarse de sí mismo y entregarse al amado ofreciéndole el alma y todo el ser. Es negarse o esconderse a sí mismo para vivir en el amado.

Lo más perfecto, delicado y gozoso de la vida sobrenatural, como de la vida natural, es vivir el amor, poder coger la flor del amor. ¿Cómo podré gozar de la flor del amor? Se vive el amor y se desarrolla amando. La palabra del hombre no sabe explicarlo ni está en su poder darlo. Se ama amando, y sólo Dios puede dar el amor sobrenatural. Se ama gustándolo, saboreándolo. Se ama ofreciéndose al amado y sirviéndole. Se ama sobrenaturalmente, de modo seguro, viviendo vida de fe y de virtudes. Las virtudes son la manifestación del amor.

La propiedad esencial del amor es *darse.* Si amo a Dios, me daré a Dios; daré todos mis afectos y mis obras a Dios; lo pospondré todo y lo perderé todo, hasta la vida y la estimación, por no perder a Dios. Amar es vivir para Dios.

La oración es ejercicio de amor. En la oración me doy a Dios y ofrezco a Dios todos los actos de mi vida. Pero sé ciertamente que mi Dios me ama, y me ama con amor personal e infinito. Sé que Dios se me da de modo especial en la oración; me da su amor y su vida. *En la oración está el alma recibien-*

do a Dios; se enriquece y hermosea con el mismo Dios; está participando de la vida de Dios, que es vida eterna y como principio de la del cielo. De aquí que la oración no es hablar con palabras de los labios; es comunicarse, es atender a Dios y escucharle; es recibir, repito, de la misma vida de Dios. El alma está recibiendo amor de Dios y empapándose en sus delicadas esencias para salir de la presencia de Dios llena de sus recuerdos y de sus amores, ni podrá olvidarle en todos los demás actos que realice durante el día, porque está amorosamente gustando que vive en Dios y para Dios.

El amor es darse y recibir; es comunicarse mutuamente la vida. Dios se me da. ¿Cómo me doy yo a Dios? ¿Cómo vivo para Dios? Toda alma que anda en ansias de amor de Dios se hace esta pregunta. Para entrar a vivir la verdad del amor de Dios es necesario e imprescindible darse, entregarse. No ser suya, sino de Dios, y tener el corazón unido y metido en el de Dios, o negarse a sí misma, no para anularse, sino para ser sobrenaturalizada; en la entrega no se pierde la personalidad, sino que Dios la sobrenaturaliza y perfecciona.

¿Soy yo ya de Dios? ¿Son mis pensamientos y deseos de Dios?

Estas preguntas me recuerdan que estoy de nuevo en la enseñanza de las *nadas* de mi Santo Padre, tan hermosas e iluminadoras. Dios me transformará en amor divino cuando yo me haya negado perfectamente.

16. *La vida eterna consiste en conocerte a Ti solo, Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien Tú en-*

viaste. La vida sobrenatural o eterna es luz, alegría, verdad y gozo. Es vida de Dios en amor, porque es participación amorosa de Dios y el mismo Dios la pone en el alma. La vida de los sentidos es estrechez y pequeñez, es división y lucha; produce los apetitos y pasiones desordenadas; es muy imperfecta y tiene muchas cualidades de muerte. Dios me ha llamado a vivir la vida de gracia y de amor divinos, vida de luz y belleza. He venido al convento a vivir la vida eterna.

Mas para vivir esta noble y levantada vida, esta vida de luz y de santa alegría, tengo que acabar con la muerte y las sombras de muerte. Haced, Dios mío, que desaparezca de mí lo que hay en mí de muerte, de oscuridad y fealdad, de mancha y egoísmo, y hacedme todo luz y belleza, apacibilidad y caridad. Que no dominen en mí los apetitos y las malas pasiones y hacedme virtud; dadme la luz, la paz, el amor, vuestra vida. Quiero que vuestra cruz bendita esté plantada en mi corazón e iluminará de luz de cielo mi vida y mis obras todas. Seré de Dios, viviré en Dios; para esto me llamáis a ser religioso.

17. Pero esta vida es de amor. Dios es la vida y el amor eternos y los comunica al alma ordinariamente en la oración, de donde se sacan las fuerzas para ejercitar las virtudes.

Decía San Ignacio que el noventa por ciento de las almas que se dicen de oración no se santifican, porque hacen su voluntad y amor propio; porque no son almas de oración ni prestan atención a Dios ni tratan con El de amor ni se ofrecen. Y con razón añadía que el alma de verdadera oración es santa,

porque se ha vencido, porque se ha negado, porque tiene virtudes, porque presta toda su atención a Dios y se le ha entregado.

La vida sobrenatural es vida de amor, del más puro y noble amor. El amor no sólo es el primer efecto y más codiciado de la vida racional, sino que es la misma vida y lo más luminoso y atractivo de la vida. Estoy en la religión para vivir esta vida de Dios y el amor de Dios. Dios me ha sacado del siglo para que viva en el mismo Dios y su amor lo más perfectamente, sin mezclas de amor mundano; para que viva su vida, que es vida perfecta y toda luz. Viviré este amor de Dios viviendo una vida pura, santa, despegada de lo terreno, entregada a lo espiritual.

Mi vida ha de ser estar con Dios y recibiendo de Dios vida. Debo gozarme en repetir con San Pablo: *Mi vivir es Cristo.*

18. Dios debe ser la vida del religioso. Para esto sale del siglo. Soy llamado para vivir cada día más intensamente la vida sobrenatural. Dios me habla y me da su vida y su amor en la oración. Quiero repetir que *la oración es ejercicio de amor.* Debo buscar, ansioso, la oración y recogerme en Dios, para que Dios me llene de su vida. No es la vida pequeña e insegura de mi cuerpo la que debo cuidar y vivir, porque Dios me ofrece su vida y su amor eternos para que sean míos y empiece a vivirlos en la religión. Que yo no sea mío, sino de Dios. Que me sumerja y viva en la luz, hermosura y verdad de Dios.

Según sea mi entrega a Dios será el amor que Dios ponga en mi alma. Cuando más perfectamente

me ofrezca yo, más recibiré de Dios. Dios se da a quien se le entrega. Dios entra a tomar posesión del alma cuando el alma no se lo estorba. Cuando el alma se vacía completamente de lo criado, Dios llena completamente al alma de Sí mismo. Si el alma no sale de su amor propio, Dios no puede tomar posesión del alma, ni la puede transformar en amor ni hacerla vida suya.

19. Para que yo sea de Dios según lo he escogido y para que Dios tome posesión de mi alma y establezca en ella su morada como quiere, tengo que entregarme de estas dos maneras: Primero, venciendo mi natural torcido, dominando mis apetitos, acabando con mi amor propio, que es mi mayor enemigo, y mortificando y ordenando mis sentidos y mis gustos. Lo segundo y principal —pero que no podré realizarlo mientras no haya cumplido lo primero—, debo entregar a Dios mi corazón y mi entendimiento, mis deseos y mis aspiraciones; debo humillar mi carácter y mi entendimiento; porque este *mi criterio y mi entendimiento me pierde.* Ayer me decía en mi meditación que tengo *demasiada cabeza,* no por el talento, sino porque quiero que la vida y la virtud sean según mi gusto y manera de pensar; quiero que las cruces y las pruebas vengan muy puestas con mi razón. Dios mío, que jamás diga yo para defenderme: esto *es muy conforme a razón.* ¿No me enseñasteis Vos que *para seguiros tenía que negarme y tomar la cruz?* Y mi Santa Madre me dice: *El que quiera la virtud muy puesta en razón nunca tendrá mucha virtud.* Si la virtud ha de ser obra de la razón y de la mera prudencia hu-

mana, no podrá ser la obra sobrenatural de Dios ni la vida de Dios.

Entregarme a Dios no es sólo encerrarme en el convento preservándome de lo exterior y dándoselo a Dios. Aun esto exterior, ¿os lo he dado todo, Dios mío? ¿No tengo mis aficiones y mis apegos? ¿No tengo mi corazón puesto o lleno de cosas y personas del exterior?

Pero no es suficiente esto. Darme a Dios es darle mi pensamiento íntimo, es tener en El mi idea y mi amor; porque en el pensamiento y en el amor pone su trono la soberbia, insumisión y rebeldía para dominarme y perderme. Tengo que dar a Dios este mi pensamiento y sentir íntimo y despreciarme a mí cuando me enseñe a discurrir con miras humanas. Cuando esto haya realizado, me será fácil tenerle vivificado y embellecido con la suave y santa presencia de Dios y con su divino amor. Es entonces el tiempo de venir el Señor, lleno de amor, a poner su trono en este pensamiento íntimo mío y reinará con su misericordia de Padre en todo mi ser. Quiere venir a mí para ser mi vida y mi amor. ¿Reinas al presente, Dios mío, de este modo en mi alma? ¿Cuándo mi imaginación dejará de ser mi tormento y me presentará hermosuras de cielo?

20. La primera obra del amor es la propia santificación con la propia dádiva.

El amor no puede estar sin obrar su obra y la obra del amor santo es la santificación y la entrega, producir las virtudes, preparar y adornar el alma para recibir a Dios. Vine al convento para vivir, ayudado por la gracia y el amor, la vida de Dios

como la vivió Jesús y para procurar imitarle en todas mis obras y acciones. He venido siguiendo las huellas y la voz de Jesús. Oigo a mi Santo Padre que me dice: *Obre como obraría Jesús en estas circunstancias.*

Jesús es mi modelo perfectísimo en todas las variadas modalidades de mi vida de religioso. Para imitarle, he de mirar y meditar la vida de Jesús, sus intenciones, su amor. Pero miraré más que la vida de los tres años de su actividad externa y de sus milagros, la vida que hizo durante treinta años en la pobreza de la humilde casa de Nazaret.

Yo no puedo predicar, ni enseñar, ni hacer milagros como los hacía Jesús. Pero ¿qué hizo durante casi toda su vida, treinta años, en la vida oculta y desconocida de Nazaret? Jesús era el gran talento, lo sabía todo, lo veía todo, lo podía todo, venía a enseñar y a salvar las almas de todo el mundo y tuvo la abnegación e inmensa fuerza de voluntad de no mostrar, y aun tener oculto, todo lo que sabía y podía. Todo se lo ofreció en obsequio a su Eterno Padre. Vivió voluntariamente inmolado. Esto sí lo puedo hacer yo y debo hacerlo.

En esos largos años de lo mejor de su vida, amó; fue el amor ofrecido por entero a Dios. Amó, en el silencio de su desconocido retiro, con el amor más intenso y perfecto, más encendido y levantado que se ha amado ni se amará en la tierra; amó a Dios y amó a los hombres.

En la pobre casa de Nazaret estaba Dios humanado ofreciéndose en humildad, en mansedumbre, en caridad ardentísima y callada. Todo era allí grandísimo amor de Dios: amaba Jesús y su amor infla-

maba en amor las almas de la Virgen María y de San José. Jesús vivía en el silencio, en la obediencia, en la pobreza escogida de antemano por El mismo; vivía en la vida ordinaria como otro hombre. Y con Jesús y como Jesús vivían la Virgen y San José. Pero allí se vivía en la vida ordinaria como otro hombre. Y con Jesús y como Jesús vivían la Virgen y San José. Pero allí se vivía todo el amor del cielo; en aquella pobre casita se labraba la santificación del mundo. Había un verdadero cielo en el corazón de sus moradores y toda ella era un cielo de paz y de amor, Jesús era la luz luciendo para Dios y para los hombres, pero oculta en Nazaret

También quiere Dios poner un cielo de amor en mi alma si yo imito a Jesús, si, recogido en mí mismo, miro, escucho y acompaño a Dios dentro de mí. Dios, en lo íntimo de mi alma, quiere llenarme de su riqueza y de su amor.

21. El ansia y sed de amor arrastra y domina a todos los corazones. Ni se puede prescindir de ellas. Dios lo ha establecido así. Mi corazón desea estar satisfecho de amor. ¡Cuán inmensa debería ser esta sed y ansia tratándose de Dios! ¿Podemos soñar ni pensar un amor más alto y más bello?

Dios desea llenar mi corazón de su amor; llena a todas las almas que le buscan y que, de hecho, se han desprendido y vaciado de las cosas terrenas y de sí mismas. Si mi voluntad hubiera acabado decididamente con todo apego y afición a las criaturas, Dios me hubiera llenado ya de Sí mismo. Si yo me hubiera puesto en vacía soledad y silencio interior, Dios me hubiera ya llenado. Entonces tu amor,

Dios mío, tomaría posesión de mí y me transformaría. Entonces viviría en la vida verdadera, que eres Tú, y no sólo no temería la muerte, sino que repetiría muy gozoso con Santa Teresa de Jesús, mi Madre:

Pues todos temen la muerte.
¿Cómo te es dulce el morir?
¡Oh que voy para vivir
En más encumbrada suerte!

Sí, ¡qué dulce es morir cuando ya se ha muerto aquí a todo lo terreno para tener vida de amor divino y ser trono de amor del Padre Celestial! Es, en verdad, dulce morir cuando se está muerto a los apegos de la tierra y se vive con fe viva en la vida eterna por la gracia y el amor, vida de luz indeficiente. Esa alma está, en cierta manera, trasladada por la fe y la gracia especial de Dios a la luz del cielo; vive más en la vida de allá que en la de acá, y desea ser desatada del cuerpo.

Para vivir esa vida he sido yo llamado al estado religioso. Siento sed de esa vida. ¿Cómo te pagaré, Dios mío, esta misericordia? ¿Cómo corresponderé al amor que me tienes? Morir es entrar de hecho en la luz y en la posesión de la vida.

22. Con infinito amor deseas, Dios mío, vivir en mí con plenitud de amor. Deseas darme de tu misma vida. No puedo yo hacer nacer tu amor en mí, si Tú no me lo das. El amor de Dios está por encima de mis fuerzas y de todo el poder criado. El amor

de Dios no puede producirlo la tierra; sólo Dios puede dar su amor. El amor de Dios es del cielo y forma el reino de los cielos; sólo Tú, Dios mío, puedes dármelo, porque es tuyo, exclusivamente tuyo.

Amar a Dios es ofrecer lo pequeño de nuestra vida al Señor y recibir en retorno al mismo Dios, lo inmenso e inefable de Dios; es recibir transparencias de cielo, dulzuras de cielo, paz y sabiduría de cielo.

Pero en esto conoceré que amo a Dios: *en que de verdad esté ofrecido a El*; tengo que darme a Dios; tengo que dejarme deshacer por Dios. ¡Si yo dejara que Vos me deshicíerais, qué maravillas obraríais en mi alma! ¡Qué santo sería ya! A mi edad muchos eran ya santos, porque se dejaron deshacer por Vos. Me pierde el amor propio de mi entendimiento y de mi voluntad por no ponerlos en Vos. Si aún me guío en mis obras por el pensamiento de que tengo razón y de lo que se me manda está conforme a razón y prudencia o conforme a mi gusto y a mi manera de ser, aún no me he negado a mí mismo y muestro ignorar lo que es amar a Dios y estarle ofrecido.

¡«Oh cómo es dulce el morir» para el que vive en el amor de Dios! Porque se esforzó antes en morir a los sentidos, a los gustos y al amor propio.

23. El primer efecto del amor a Dios es el deseo, luego el esfuerzo y el ofrecimiento para terminar en la realidad de la entrega. Solamente Dios puede dar su amor, pero quiere que el alma a quien se lo ofrece corresponda con el esfuerzo, quiere la cooperación personal. ¡Oh si cerrando los ojos me ofreciera yo a Dios! ¡Si siempre me ofreciera a la

divina voluntad. Dios mío, que todo lo puedes y quieres lo santo para mí, dame la santidad. No mires a mi ruindad e infidelidad, sino dame tu amor según tu bondad y misericordia, para que yo sepa y quiera hacer siempre lo que te es más agradable.

El amor de Dios es al mismo tiempo conocimiento de Dios y de los misterios de la Encarnación de Jesucristo, conocimiento vivido por el alma y que inefablemente hace crecer en ella el amor y la enseña no como enseñan los libros o los hombres, sino como enseña el mismo Dios *poniendo sabor de vida eterna.*

Ayer recordaba que *la vida eterna es conocer en amor a Dios y a Jesucristo*, el Verbo eterno de Dios.

La vida eterna es el Reino de los cielos, donde están eternamente felices los ángeles y los bienaventurados. Y el principio de la vida eterna en el alma en esta vida es la gracia y el amor, es la presencia de Dios, que constituye el reino de los cielos, que Jesucristo nos dijo estaba dentro de nosotros. El reino de los cielos está dentro de mi corazón, iluminando y llenando mi alma, porque es la gracia y el amor, vida del alma. Nadie conoce a Dios como el que le ama. Tú estás, Dios mío, en mí dándome tu amor, y me amas y eres mi vida física y sobrenatural. Yo deseo amarte y te pido me llenes de tu amor.

La vida de gracia y amor o reino de los cielos, que está en el corazón, ilumina de claridad, hermosura y paz de cielo. La vida eterna, leo en mi Santo Padre, «es juntura de todos los bienes» en el corazón, aun viviendo en la tierra; es el amoroso conocimiento de Dios y de sus misterios comunicado por el mismo Dios. Esto constituye también, en el

cielo, la eterna felicidad de los ángeles y de los bienaventurados.

En toda la eternidad no llegarán ni los más altos Serafines a conocer las infinitas perfecciones de Dios, ni se disminuirá la felicidad ni la novedad de este conocimiento; antes el que más comprende de los atributos divinos más claramente ve lo infinito que le falta de conocer todas las infinitas perfecciones y más goza en ver la infinita inmensidad de Dios. Toda esta vida, en principio, está en mi corazón si yo amo a Dios. ¡Oh abismo inmensurable y deleitoso del infinito amor de Dios e infinita vida de Dios! Cuanto Dios obra en el alma es para poner en ella de esta vida eterna.

24. Esta vida de gracia y de amor actual convierte la soledad y el recogido silencio en la mayor amenidad y gozo que en la tierra se puede sentir.

La soledad santa, por lo mismo que es la íntima compañía del alma con el mismo Dios, pone al alma que la vive en la vida eterna por el conocimiento y el amor de Dios y de Jesucristo, vida eterna no interrumpida ni distraída por las criaturas. Vive en soledad santa el alma atenta a Dios por la fe e iluminada por la presencia y la mirada de Dios con recuerdos de sabor y belleza de cielo. En la soledad santa está el alma dichosa viviendo en soberano amor la vida de Dios. La soledad santa es el continuo acompañamiento de amor que Dios hace al alma que le busca. Por ello me dicen mis Santos Padres: *Haga cuenta que sólo existe el alma y Dios y toda el alma está en Dios.*

La oración es el acto de estar el alma amando a

Dios, puesta en este principio de vida eterna, que el mismo Dios infunde delicada y misteriosamente; la oración es actualidad de amor y entrega de amor; es abrasarse en ansias de amor y beber con delicia en la perenne fuente de amor. No es posible soñar ni codiciar riqueza ni belleza que pueda compararse a la oración íntima, o sea: a estar tratando humilde y confidencialmente con el mismo Dios. La oración es la mayor luz en el mayor gozo. Es el ejercicio del más suave amor.

El alma de oración, atenta a Dios en fe, recibe luz especial para practicar las virtudes y sobre los misterios de la encarnación; la bondad y misericordia de Dios envuelven y transforman a esta alma. La puerta de todos los bienes espirituales es la oración, y es puerta de hermosura. Es la comunicación con Dios y estar con el mismo Dios. ¡Oh Dios mío, cuán inefable eres y cuán inexplicablemente generoso y magnánimo para los que gustan de estar Contigo y se te entregan! Te das a ellos cuanto pueden recibir o cuanto se han preparado para recibir. Alma mía, ¡cuándo te entregarás toda a Dios y serás toda y sólo de Dios y para Dios! Dios, entonces, te colmará de El mismo.

Muchos santos han gozado en repetir con San Pablo: *Mi vivir es Cristo*, porque en nada vivían ni para criatura alguna ni aun para ellos, sino en todo eran de Dios y pensaban en Dios. Santa Teresa gustaba de decir: *¿Qué se me da a mí de mí, sino de Vos?*, porque en Dios tenía todo su pensamiento y todo su amor.

25. Alma mía, lo más noble, hermoso y codiciado que tienes es el amor y el deseo de amar y de ser amada. Dios te ha dado esa nobleza y esa hermosura. No te rebajes poniendo tu amor en algo rastrero, ruin o terreno ni aun en la criatura como criatura; ponlo en lo más alto, noble y seguro; en lo que te llenará de felicidad; pon todo tu amor en Dios, que en El encontrarás inmensamente más de lo que puedes soñar, y la felicidad perfecta. ¿Cuándo amarás con todo amor a Dios? Mira, Dios te crió para el amor infinito y eres amada de Dios. Sólo El puede colmarte de amor y dicha.

Vive como vivía Jesús en su casa de Nazaret. Más aún; mira que tienes a Jesús dentro de ti misma y debes atender que está viviendo contigo en tu convento y siendo tu vida. Porque Jesús es el verdadero dueño de este convento de la Virgen donde tú vives, como lo era de la casa de Nazaret, y tú has venido a vivir con El y te acompaña y enseña a ser santa, a estar recogida y silenciosa, a cumplir con prontitud la voluntad divina, a prestar toda la atención a Dios en trato íntimo escuchándole y ofreciéndote.

¿Me recojo yo con Jesús y estoy muy unido a El escuchándole? ¿Estoy pronto para cumplir el divino querer venciéndome con generosidad? ¿Le ofrezco con amor todas mis acciones, hasta las más pequeñas o más difíciles, como se las ofrecía Jesús en Nazaret a su Eterno Padre, levantándolas de este modo a vida y amor sobrenatural? ¿Están mi pensamiento y mi voluntad continuamente en El y con El? ¿Amo en su compañía y con su mismo amor, que tan generosamente me ofrece?

Si mis obras dan respuesta afirmativa a estas preguntas, serán la verdadera señal de que soy buen religioso y de que Jesús es mi vida. Porque no consiste la santidad en que yo ahora lo piense y lo aconseje y lo diga a los demás, sino en que lo viva. Un médico puede recetar maravillosamente para otros y carecer él de salud, porque la salud no es del que discurre muy bien sobre ella, sino del que la vive, como la santidad y la vida interior o sobrenatural no son de quienes comprenden su necesidad o la aconsejan a los demás, sino de quienes la viven. Quieres Tú, Dios mío, darme esta vida; yo también la deseo y te la pido, pero me falta la determinación y la constancia para practicar las virtudes, para vencerme y vivir recogido en mi interior en tu presencia. Tómame mi entendimiento y mi imaginación; posesiónate de mi voluntad y de todo mi ser.

26. Esto te suplico hoy y quiero pedírtelo todos los días. Concédeme vivir tu vida, para lo cual me llamaste y me recogí en el convento. La vida eterna en el cielo es el gozo, la armonía, la sabiduría y felicidad en la visión de la esencia de Dios. En mi vida de religioso Carmelita en la tierra debo también vivir *el principio de la vida eterna* con alegría, y en esta alegría estar esperando la total del cielo.

Pero la vida eterna es, aquí como allí, vivir en Dios, amar a Dios, recogerme en Dios y que mi entendimiento y mi voluntad estén atentos a la luz de Dios. La vida eterna es, aquí, morir a mí mismo y vivir para Dios y en Dios. «¡Cómo es dulce morir para ir a más encumbrada suerte!»

Tengo que morir a mí mismo. El fuego quema